

Faltaba alguna variable, era evidente, la nueva máquina llevaba meses en desarrollo, pero su motor basado en el modelo *GradientBoosting*, el que autoaprende de los datos, no conseguía los resultados esperados y se acababa el plazo.

Quizá era demasiado ambiciosa. No podía evitar recordar la Torre de Babel. ¿Iba de nuevo a despertarse la ira divina? Sonrió. Sin duda era una rémora del pensamiento. Hacía décadas que se vivía sin *la esperanza cruel de la existencia de los dioses*.

La Minería de Datos, los nuevos modelos y la potencia de los ordenadores habían conseguido reproducir la Naturaleza. Los árboles robóticos daban los frutos más deliciosos, ondeaban sus metálicas hojas al ritmo de la suave brisa del atardecer, de la Máquina del Atardecer. Se habían aplicado electrodos a los pulsos de todo lo que estaba vivo, se almacenaron durante décadas en la Base de Datos Mundial Natura, antes de que la desertización amarilleara definitivamente el paisaje.

Pero la Máquina de Nubes se resistía. No era necesaria, la sequía ya estaba controlada. Depuradoras y canales subterráneos llevaban el agua desde la costa a las ciudades, ya nunca superpobladas. Se controlaba la distribución uniforme de la población por metro cuadrado, se establecían ratios para la producción de comida. Ya no había migraciones, ni guerras territoriales o económicas, la distribución equitativa había acabado con la codicia.

Era casi el paraíso terrenal, pero sin nubes la Máquina del Atardecer no conseguía proyectar las más ensoñadoras puestas de sol que ella recordaba. Por eso había propuesto este proyecto, su último proyecto antes de partir. Mas cirros, cúmulos, estratos y nimbos se resistían. Miles de variables explicativas, millones de datos no eran suficientes. Faltaba algo esencial. Lo intuía desde el principio, porque había volado sobre las nubes. Era tan vieja que cuando nació todavía existían los aviones.

Se fue a dormir y soñó la solución. Los sueños también formaban parte del pasado o al menos, del silencio que se extendía por los huecos de la música clásica que sonaba por doquier. Despertó con euforia, pero con el desasosiego de que se escapara el sueño, como la arena en un puño

apretado. Fue al cuarto de atrás, donde los viejos libros permanecían arrumbados, buscaba el poema que su padre le leía en aquel avión que parecía navegar en un mar de nubes. Lo encontró, lo apretó contra su pecho. Lo volvió a memorizar, lo había aprendido cuando su padre murió. Lo repetía una y otra vez.

Ya no pudo dormir. Esperó el sonido armónico que anunciaba el Amanecer. Casi corrió. Activó el reconocimiento de voz, susurró más que recitó, los versos aparecían en la pantalla. Al finalizar pulsó *intro*. La interpretación del megap procesador se fue visualizando en el monitor: "*poema en voz femenina antigua honda desnuda trémula entrecortada quedita*". Aceptó con un *click*, respiró profundo. La chimenea empezó a exhalar nubes, y las nubes cubrieron el cielo, y comenzó a llover, y sintió la humedad en su mejilla. Ahora sí, podía emprender su último viaje.